

PUERPERIO

IVO MARINICH

Pie de Página

IVO MARINICH

PUERPERIO

Pie de Pagina
Letra Volada

Título original: *Puerperio*

Primera edición: mayo de 2025

© Ivo Marinich
© Imagen de cubierta: *La familia del artista* (Hans Holbein el Joven, c. 1528, Musée des Beaux-Arts de Lille, Francia)
Edición y maquetación de interior: Carlos Valdivia Biedma
Corrección: Susana Sierra y Ana Andrés

Depósito legal: M-8649-2025
ISBN: 978-84-129947-4-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Impreso de forma cariñosa en España.

Antes quisiera hacer una aclaración: haber estado ahí, con él, con mi madre, cuando todo ocurrió, fue a la vez un privilegio y un obstáculo. Con esto quiero decir que mi versión de los hechos tiene el color y el hermetismo propios de la primera persona. Haber sido su último hermano mayor, coincidir con él en el espacio y en el tiempo, fue un capricho del destino.

No sé exactamente. Entiendo que me lo pregunte porque ordenamos la vida de esa manera, quiero decir, como un relato que se inicia, desarrolla y termina. Puedo contarle la vez que mi madre me llevó engañado al aeropuerto de Ezeiza. Me había pedido que la acompañase al mercado, pero, a mitad de viaje, cuando vio que empezaba a mirar por la ventana, me confesó que íbamos a buscar a mi hermano. Once años tenía yo. De todas maneras sería injusto decir que comenzó ese día, porque mi madre, me enteraría mucho después, había presentado los papeles de adopción siete años antes, tras la muerte de Elenita a poco de nacer. Siete años guardó el secreto, aferrándose a la espera. Siete, imagínese. Y en el ínterin vio cómo se deshacía un matrimonio que no soportó la complicidad del dolor y cómo asfixiaban las cuentas a final de mes y cómo se echaba a perder el racimo de posibles amores porque una parte de ella permanecía amarrada a la espera, es decir, a la ilusión del futuro, postergando, descuidando los vínculos del presente, yo incluido. Tampoco digo que me dejara de querer,

solo que una fracción de ella estaba ausente, postrada en algún rincón de su conciencia, a la espera.

Sí, no le voy a mentir, pero aprendí a convivir con esa compañía incompleta. Me aferré a la parte de ella que sí estaba conmigo en cada caricia y cuento de las buenas noches. El que no aguantó fue mi padre: no tendría de dónde aferrarse. Al año, año y medio, después de una de las tantas discusiones murmuradas en la habitación, pegó un portazo y se fue. Desde entonces mi relación con él fue más bien esporádica, neutra, diría. Un día me dijo que le hacía recordar a Elenita y al hablar le temblaron los labios. Pensé que veía rasgos de ella en mí, pero después entendí que yo representaba un momento de dolor en su vida. Volvió a formar una familia y yo me convertí en una especie de boya titubeante, presente y remota a la vez, a veces invisible. No lo culpo, porque yo era eso, la representación de un recuerdo desgarrador, porque caería en ese abismo, imagino, cada vez que me veía. Y es por eso que, a pesar de todo, no tengo nada que reprocharle a mi madre. Caería ella también en el remolino de ese abismo, que soportaba con coraje y amor, con la paciencia de su espera. Siete años. Al hablar con usted caigo en la cuenta de que en ese viaje a Ezeiza, en las lágrimas que no pudo contener, su percepción del tiempo, hasta entonces fraccionada en presente y futuro, estaba ya alineada en un mismo eje. Todo por el bebé que pronto tendría en brazos. Me entenderá, entonces, que sea incapaz de decirle cuándo comenzó. Hablemos, mejor, de desencadenantes.

De ese viaje recuerdo las rayas intermitentes de la autopista, que me parecían la cuenta regresiva, el tictac hacia el comienzo de una nueva vida. Le tenía miedo, imagínese, once años. Si las películas de terror me dejaban noches sin dormir,

¿qué otra cosa me iba a producir un bebé que llevaba vivo decenas de miles de años? No la juzgo, pero, en ese momento, en el auto, la llegué a odiar. Recuerdo haber imaginado que me ganaba el impulso de hacer que nos estrelláramos contra un camión. Tres veces huiría de casa, ¿sabe? La última pasé dos días debajo de un puente hasta que me encontró la policía. Sentía que ya no me amaba, que no quería ser mi madre, peor, que yo no era suficiente como hijo, y, cuando los oficiales me llevaban de regreso, ella aparecía llorando en la puerta con el bebé de ojos redondos, enormes, inexpresivos aferrado a su cadera y me decía que se le iba la vida cada vez que yo hacía una cosa así. Pero de verdad que no la juzgo, porque tampoco tuvo mucho tiempo para asimilarlo. Le avisaron que había sido elegida cuando el avión ya había despegado del aeropuerto de Bruselas rumbo a la Argentina, en una llamada que no duró ni cinco minutos. Luego supe que los hombres que semanas antes habían revisado la casa no eran policías, como me dijo mi madre, sino inspectores de la UHS que vinieron a ver las condiciones del hogar. Esta visita, sin embargo, era menos un signo esperanzador que una insinuación cruel, porque se realizaba al azar y en gran número a las madres aspirantes de todo el mundo que formaban parte del listado oficial. Tampoco era la primera en Argentina. De las que se supo en el último siglo, cuarenta y cuatro, sin incluir a mi madre, recibieron la visita, y, como ya sabemos, ninguna obtuvo el privilegio.

Exactamente, por eso no me dijo nada antes, y por eso, cuando una noche como cualquier otra llegó la llamada, apenas pudo reaccionar, y a las pocas horas ya estábamos de camino al aeropuerto.

Sí, sobre todo recuerdo cómo me lo dijo. Puedo aislar el ruido del motor, el timbre de su voz y la canción de la radio, pero lo que más recuerdo es el cómo. No fue hasta la tercera vez que le dije: «¿Adónde vamos, mamá?», que, sin mover un centímetro la cabeza, me miró por el retrovisor y dijo: «Vamos a buscar a tu hermanito». Pero no pareció hablarme a mí, más allá de posar en mí la mirada, sino a sí misma, como quien le dice verdades a los ojos del espejo. Y tiene sentido que así fuera, porque yo era el último eslabón hacia lo que ella tanto había esperado. Por eso, porque al decírmelo terminaba de confirmarlo, esa oración, «Vamos a buscar a tu hermanito», quedó suspendida a mitad de camino entre los dos, un mensaje independiente, sin emisor ni receptor, del que hacíamos, cada uno por su lado, un caleidoscopio de interpretaciones. Ella veía la confirmación, yo, el desasosiego. Ante mi silencio, me explicó todo lo que ya le conté: que muchos años atrás se había anotado al listado de aspirantes y que la habían llamado la noche anterior. Sin mencionar a Elenita, me pidió que, por favor, la comprendiera, que hiciera el esfuerzo, que era lo único que necesitaba de mí, y debió haber entendido que lloraba de alegría, porque, llorando ella también, me decía «Gracias, hijo, gracias».

Nada, ni una palabra. Recién en el estacionamiento del aeropuerto, queriendo ver en mí su propio entusiasmo, me dijo: «Quizá a la vuelta podés llevarlo a upa». Y yo temblé, le juro, me dio escalofríos con solo pensar en las personas que alguna vez lo habían alzado. ¿No se sostiene aún hoy, pese al revisionismo de ciertos historiadores, que la propia María lo tuvo en brazos durante su lamento? ¿No fue Newton el que, tras conocerlo de casualidad en el palacio de Buckingham y cargarlo unos instantes por solicitud de Sofía de Celle, la

madre adoptiva de entonces, escribió en su cuaderno que era una «criatura anómala» y que «en sus pupilas reside el misterio del cosmos»? Yo conocía estas historias como las conoce todo el mundo, entonces vino mi madre a decirme no solo que viviría con nosotros el bebé que había estudiado en las clases de historia y había visto en documentales de televisión, sino que iba a llevarlo en brazos como tantas personalidades que, incluso hoy, con todo lo que he leído, soy incapaz de dimensionar. Ella, por el contrario, no parecía ser sensible a esa carga. Para mi madre era un bebé como cualquier otro, como Elenita. Qué le importaban las alusiones de Sócrates, las treinta y dos menciones en el Corán o las manitos en las pinturas rupestres por toda Asia y Europa. Solo quería volver a sentir el calor, el peso de una criatura en los brazos.

Me tomó años hacerle esa misma pregunta, ¿sabe? Creo que es lo primero que uno cuestiona a los cientos de miles de mujeres que integraron la lista oficial. Aunque fue más una arremetida. Tendría ya dieciséis o diecisiete años, imagínese el añadido de rencor sin digerir al cóctel de hormonas adolescentes. Le grité, la insulté. Le dije que era una hipócrita, que podría haber adoptado a cualquiera, y fíjese que hasta tuve la desfachatez de mencionar la cifra de bebés en hogares de niños de todo el país. Me miró con la misma expresión contenida que ya le había visto muchas veces, como quien calla no porque no tuviera nada que decir, sino porque tiene la certeza de que será incomprendido. Desconozco qué motivó a otras madres aspirantes. Algunas habrán tenido deseos honestos, otras querrían sumar su apellido a la historia. Creo que mi madre lo adoptó porque el bebé, al igual que su recuerdo estático de Elenita, no tenía tiempo; porque viviría aun cuando de ella no quedara más que polvo. De eso se

trataba, de garantizar un orden natural interrumpido por la muerte de Elenita.

Sí, el aeropuerto. Frente a la entrada había un móvil de la televisión pública, el único medio que cubrió la llegada. Una periodista le hizo un par de preguntas retóricas a mi madre, que, de la emoción, de los nervios, contestaba como podía. Años después subieron el video a internet, supongo que todavía debe estar. A mitad de la entrevista, la cámara gira hacia la comitiva de la UHS, que se acercaba desde la terminal, compuesta por dos funcionarios, un hombre y una mujer que llevaba al bebé dormido en brazos, y tres uniformados militares. Imagen tristísima si la comparamos con las postales de los libros de historia. Piense que planeaban el traspaso durante meses, a veces años. Era la dote en los acuerdos matrimoniales, la ofrenda en los tratados de paz, el intercambio que saldaba deudas entre naciones. Orgullosos de que el bebé, con la narrativa mágica que lo envolvió durante milenios, fuera uno más del pueblo, lo recibían en calles colapsadas. Se sabe de una celebración que duró semanas en Constantinopla, los juegos de París en 1697 o los festivales nocturnos de Edimburgo y la Baviera merovingia. Tanta conmoción generaba su llegada que hay registros de condenados a muerte que eran indultados para acompañar la ceremonia en castillos, plazas, avenidas y coliseos. ¿Alguna vez vio la pintura de Giotto Di Bondone que representa la Florencia Rosa de 1301 cuando el pueblo florentino llenó las calles de pétalos hasta el Palazzo Vecchio?

¿No? Debería, es sencillamente maravillosa. Las ventanas y los balcones abarrotados, el carruaje como deslizándose por una lámina de millones de pétalos, por cuya ventanilla puede apreciarse, si se mira bien, la sombra del bebé. Algunos

historiadores han comentado que el traspaso, como lo llamaban hasta principios del siglo XIX, era tan importante como la muerte de un rey o un papa, pero con la diferencia de que generaba climas festivos que interrumpían la hegemonía religiosa o normativa de cada época. Sacerdotes, doncellas, soldados y bufones se fundían en fiestas colosales en las que, imagínese, se perdía toda autoridad y jerarquía y se concretaban las prácticas más escandalosas en plena calle, en los balcones y plazas, como animales de zoológico.

Orgías, claro, multitudinarias orgías sin discriminación de sexo porque la felicidad, cuando desborda, va en busca del placer en cualquiera de sus formas. Por eso le digo, el traspaso siempre fue un acontecimiento de época. Sin ir más lejos, cuando el bebé regresó a Gran Bretaña después de casi trescientos años, en 1907, el mismísimo Eduardo VII se lo entregó a Christine Hughes, mujer de un magnate de la industria ligado a la corona, en el palacio de Buckingham, ante la expectativa de los miles de londinenses que habían acompañado el vehículo oficial desde el aeropuerto. Pero esa mañana el bebé llegó a Ezeiza sin pena ni gloria, dormido en brazos de una mujer vestida de ejecutiva, con la mezquina cobertura de un medio nacional y la curiosidad de algunos pocos que, menos por el bebé que por la cámara, miraban distraídos por los pasillos de la terminal. Seguro que unos cuantos estarían de acuerdo con esto que le voy a decir. La llegada del bebé a la Argentina, imagínese, la primera vez en la historia que venía a Sudamérica (si tenemos en cuenta que no hay registros suyos en ninguna de las culturas precolombinas), la llegada del bebé a la Argentina, decía, fue una jugada política con todas las de la ley. ¿O me va a decir que semejante improvisación de la UHS, cuando por más de

cincuenta años fueron exageradamente calculadores con el traspaso, fue casualidad? Vamos, ¿o de verdad cree que fue legítimo que mi madre estuviera primera en la lista tras la muerte de la belga? Hay que tener en cuenta que desde que se creó la UHS, durante la Segunda Guerra Mundial, no han cesado los reclamos de aquellos países que, por haberse formado recientemente, como Croacia, o por haber sido excluidos o apenas considerados, como Japón, Taiwán y Egipto, entre tantos otros, exigían iguales oportunidades de tener al bebé, y no fueron pocos, especialmente los países ligados al islam, los que acusaron a la organización, déjeme decirle, con justa causa, de occidentalista, eurocentrista y cómplice de los intereses del credo cristiano. Entonces, imagínese, cuando falleció la baronesa, quien, por el avance de su enfermedad, había mostrado signos de decaimiento durante las semanas previas, cuando falleció, decía, alguien importante debe haber hecho la llamada para cambiar el destino del bebé, y, dígame usted si me equivoco, qué mejor que estas tierras en un rincón del planeta, ajenas a las ideas comunistas de una Unión Soviética que acababa de caer, con un estado que se dice laico y una política que pedalea en el aire. ¡¿Qué mejor, eh?! Además, la adopción se otorgaba a una mujer, digamos, ordinaria; en sus cuarenta, divorciada, maestra de grado, sin contactos de poder… ¿Me comprende lo que quiero decir? La antítesis de la mayoría de las madres adoptivas de las que da cuenta la historia, ligadas, por lo general, a la corona, la nobleza, la aristocracia, la burguesía, lo que, sabrá usted, provocó tantas veces la rebelión popular. Digo más, desde que la UHS se atribuyó el gobierno del bebé, solo existe registro de dos mujeres ajenas a la casta política y económica de los países integrantes. La húngara Klara Polgár fue una de ellas. Recibió

la bendición en los setenta, en una maniobra diplomática que correspondía al reclamo atómico de la Unión Soviética de derivar al bebé, entonces en Alabama, Estados Unidos, al bloque comunista. Lo interesante es que la otra madre, Claudette Colvin, a quien le sacaron el bebé para traspasarlo al hemisferio opuesto, había logrado la adopción gracias a una iniciativa del gobierno norteamericano de bajarle decibeles al movimiento afrodescendiente de mediados de los sesenta. Con mi madre, sin embargo, se disimulaba la incidencia política de su elección. Quiero decir que, al traer el bebé a la Argentina, al tercer mundo, al resguardo de una madre como cualquier otra, desbarataban las acusaciones de las otras potencias; demostraban poseer ese espíritu democrático e igualitario que siempre, desde las primeras asambleas en los cuarenta, dijeron representar. Que la decisión hubiera sido repentina explica el nivel de improvisación, la llamada de la noche anterior, la comitiva insulsa. A mi madre no le habían dado mayores explicaciones, ya le dije, fue una llamada que a duras penas tomó cinco minutos. No solo no se había dado cuenta, por ejemplo, de que faltaba la sillita del bebé para el viaje de vuelta…, o quizás sí, ahora que lo pienso, y por eso me dijo que tal vez lo llevaría en brazos… En fin, había ido al aeropuerto sin tener noción de lo que se suponía que debía hacer, fíjese que nos enteramos ahí mismo, en la terminal, de que el bebé iría con la comitiva en una camioneta alquilada. Un escándalo, mucho peor de lo que mostró la televisión. Lo trajeron en brazos, cuando en los museos europeos uno ve los tronos de oro macizo en los que lo trasladaban; en brazos lo trajeron, cuando alguna vez entró en Calcuta montado en un elefante lleno de joyas. No llevaban cochecito, ni siquiera ropa para la criatura, solo un estuche con pañales. El

funcionario se acercó a mi madre y le extendió la mano, inclinándose apenas, mientras sonreía. Moduló algunas palabras en un español torpe, que seguro había practicado en el avión, y en seguida empezó a hablar en inglés. Claro, nosotros no entendíamos nada de lo que decía, por eso, cuando se vio en apuros, alzó los ojos como buscando auxilio, lo que fue aprovechado por la periodista, que, ante la cámara, tradujo el primer encuentro.

No, pobre mujer. No pudo ni tocarlo, después de siete años de espera no la dejaron tenerlo en brazos. Imagínese el desconsuelo. La excusa era que apenas había dormido y era mejor no interrumpir su sueño. Se subieron a una camioneta y se fueron como si no existiéramos.

Nada, ¿qué íbamos a hacer? Corrimos al estacionamiento. En realidad, ella corrió, yo la seguí. Cerró la puerta y se puso a llorar.

Bueno, le soy sincero, yo tenía la mínima esperanza de que hubiera sido un error.

Claro, quiero decir, la esperanza de que se hubieran equivocado y el bebé fuera a parar a otra madre adoptiva, pero, cuando llegamos a casa, la camioneta estaba estacionada en la vereda.

Un caos, imagínese. Casi todo el intercambio fue a través de señas y expresiones payasescas. Los silencios, qué incómodos los silencios. Por momentos hablaban entre ellos disimulando el fastidio con sonrisas dirigidas, como si fuéramos perfectos imbéciles que no nos dábamos cuenta del tedio que les producía la situación. Mi madre asentía a todo lo que le decían, los ojos rojos por el llanto, como el perro que, deseoso de devorar, al fin, el pedazo de carne que le ofrecen, se comporta según los deseos del amo. Nos sentamos alrededor

de la mesa ratona, junto al hogar, que no recibía fuego desde que mi padre había pegado el portazo definitivo. El bebé terminó de despertar cuando la funcionaria, todavía con la criatura en brazos, se dejó caer al sillón. Abrazado a mi madre, pero vuelto hacia los invitados, hacia el pequeño ser que a la vez me generaba horror y curiosidad, vi cómo se desperezaba en un largo bostezo, cómo se frotó los párpados con los puños y miró con esos ojos redondos e inexpresivos el cielorraso de pintura descascarada, a mi madre y a mí, su futura familia, y no bien la mujer lo sentó en sus piernas, el bebé prehistórico, el de los mitos, se largó a llorar. Un llanto verborreico, créame. Supe, supimos todos en esa habitación, que la criatura tenía hambre.

Exactamente, en ese momento tuvo lugar la Prueba de Lactancia, como se le llama desde el siglo XV, creo, o XVI, cuando la Iglesia católica se apoderó del gobierno del bebé. La Prueba en el *living* de mi casa, de locos, la misma ceremonia que se practicó tantas veces en el Vaticano, que perduró cuatrocientos años aun cuando se sabe del engaño de la Inquisición durante los famosos juicios. Los pechos de las acusadas de brujería no producían leche porque el bebé, saciado, rechazaba el pezón, en cambio, se prendía al pecho de la cristiana porque se lo entregaban llorando de hambre. Y, claro, si hasta el pecho más estéril rebalsaba de leche con la mera succión del bebé, si una anciana de ochenta años era capaz de alimentarlo hasta el último de sus días, entonces la incapacidad era, a todas luces, indicio de conexiones diabólicas.